

La historia comprendida como ciclo eterno¹

S A M I R A M I N *

RESUMEN: Partiendo de presentar panorámicamente las formulaciones trazadas por André Gunder Frank en el libro previo a su fallecimiento –*ReOriente*–, donde, oponiéndose a la periodización eurocentrista de la historia, plantea que el capitalismo primero adquirió supremacía en Oriente y sólo después en Occidente, de suerte que, cerrando el ciclo, ahora se encuentra en curso de recentrar su hegemonía en Oriente otra vez –ante todo en China–; Samir Amin desarrolla un cuestionamiento puntual a Frank en el que demuestra que la negación del eurocentrismo no justifica una definición del capitalismo como sistema mundial omnipresente en el curso de la historia. Criticando la visión de la historia pasada de Frank, insiste en que el concepto adecuado para descifrar las formas de poder de las sociedades premodernas es el de “sociedades tributarias”, no el de capitalismo; a la par que, criticando la visión de la historia futura de Frank, señala que el recentramiento de la hegemonía moderna en Asia es una posibilidad pero, de ningún modo, un destino. Dentro de esa discusión, Amin, además, explica el surgimiento del capitalismo en Europa, no por un desarrollo tecnológico excepcional, sino, curiosamente, por su debilidad dentro del sistema hegemonizado por Asia. De esta manera, presenta tesis sumamente originales sobre las sociedades tributarias, el origen histórico del capitalismo y las complejas tendencias de la mundialización en el siglo XXI.

Las tesis de André Gunder Frank

1. En su último libro (*ReOriente: Economía Global en la Era Asiática*), André Gunder Frank vuelve a plantear y amplía las tesis que había abordado en un texto previo, escrito en 1993, con la colaboración de Barry Gills (*El Sistema Mundial: ¿Quinientos o Cinco Mil Años?*), poniendo énfasis en los tiempos modernos (es decir, de 1500 a la fecha). Sus tesis se resumen en las siguientes

¹ Traducción realizada por Javier Muñoz y Luis Arizmendi.

* Intelectual egipcio, con larga trayectoria en el debate de frontera internacional, que desarrolló sus estudios sobre economía, política y estadística en París. Actualmente es Director del Foro del Tercer Mundo. A principios de los sesenta, fungió como Consejero del Gobierno de Mali, después de cuya función fue nombrado profesor en las Universidades de Poitiers, Dakar y Vincennes; en los setenta, fue Director del Instituto Africano de Desarrollo Económico y Planificación con sede en Senegal. Gran parte de su obra se ha abocado al estudio de las relaciones de poder de los países desarrollados sobre los subdesarrollados y al análisis de la mundialización. Entre sus libros más importantes, traducidos a diversos idiomas, se encuentran: *Más allá del capitalismo senil*, *Por un siglo XXI no norteamericano* (2001), *El hegemonismo de EU y el desvanecimiento del proyecto europeo* (2001), *Globalismo económico y universalismo de la política democrática: ¿cuestiones en conflicto?* (2000), *El capitalismo en la era de la globalización* (1998), *Crítica de nuestro tiempo* (1997), *Desafíos de la mundialización* (1996), *La nueva organización capitalista mundial vista desde el sur* (1995), *El Eurocentrismo: crítica de una ideología* (1989), *El desarrollo desigual* (1986), *Decadencia y crisis del capitalismo actual* (1978), *Imperialismo y desarrollo desigual* (1976), *La acumulación a escala mundial* (1974) y *Sobre el desarrollo desigual de las formaciones sociales* (1974).

proposiciones fundamentales: i) La historia es, desde su comienzo, el proceso de un sistema que siempre ha sido global, en ese sentido, la evolución de varias regiones nunca ha sido determinada por la interacción de fuerzas internas de las sociedades, sino por las fuerzas que operan en el sistema global, y que, consecuentemente, hacen que todo esfuerzo por escribir la historia de una región del mundo (Europa, China o alguna otra) no pueda más que ser únicamente ilusoria, puesto que, sólo existe una historia, la de un y el único sistema mundial; ii) este sistema mundial fundamentalmente ha permanecido igual desde entonces, por lo tanto, sucesivos modos o fases (como aquellas cuyo inicio se ubica en 1500 y 1800) no son reales, de suerte que, el intento por trazar fases diferenciadas cualitativamente basado, por ejemplo, en el reconocimiento de modos de producción sucesivos, resulta engañoso; por último, iii) esta historia del mundo se desarrolla de forma cíclica.

Sobre la base de estos principios fundamentales, Frank transpone todo un conjunto de temas en torno a la posición de Europa y Asia en la era moderna. Afirma: i) que la posición de Asia (China, India y Medio Oriente) había sido dominante hasta alrededor de 1800 y que es únicamente después de esa fecha que Europa (y Estados Unidos) comienzan a afirmar su superioridad económica, política y militar; de suerte que, ii) que el ascenso de Occidente no puede ser explicado por la construcción de un nuevo sistema mundial ligado a la conquista del globo (como, según Frank, se formula en las tesis sobre la economía-mundo), pero sí por la participación de Europa en el sistema mundial tal como existió (centrado en Asia), donde Occidente primero se benefició de la crisis prevaleciente en Asia para usurpar después su lugar, durante los dos siglos posteriores (de 1800 a nuestros días); pero iii) actualmente somos testigos de la repetición del mismo escenario sólo que ahora en sentido inverso, es decir, con ventaja para Asia, ya que, a través de su participación en el sistema mundial, está tomando ventaja de la crisis en Occidente, de modo que, sin duda, recuperará la posición dominante que tuvo en el sistema mundial antes de 1800 para, así, completar el ciclo.

Frank igualmente declara que cualquier intento de una interpretación teórica que omita estos tres principios fundamentales es inevitablemente eurocentrista, independientemente de si se trata de ideas de Marx (o las más modestas ideas de Samir Amin), del sistema-mundo (de Wallerstein), de Weber, Sombart, Polanyi, Said, Bernal u otros más.

Frank hace valer las tesis fundamentales anteriormente resumidas con una enérgica actitud. “Necesitamos una perspectiva global para (...) comprender el ‘ascenso de Occidente’, ‘el desarrollo del capitalismo’, ‘la hegemonía de Europa’, ‘el auge y la caída de las grandes potencias’

(...), ‘el milagro del Este Asiático’ (...) Ninguno de estos procesos estuvo causado exclusiva o, incluso, principalmente por la estructura o la interacción de fuerzas ‘internas’ de alguno de ellos. Todos fueron parte de la estructura y el desarrollo de un único sistema económico mundial” (Frank, 1998: 4). Y, para aclarar que sigue siendo el mismo viejo sistema mundial, señala: “El ‘moderno sistema-mundo capitalista’ no es la re-inención sino la *continuación* de la versión de Abu-Lughod sobre el *mismo* sistema mundial que ya existía, por lo menos, desde 1250... Entonces, ‘¿por qué no tan temprano?’” (1998: xix). Por eso, añade, el “enfoque sobre los ‘modos de producción’ solamente desvía nuestra atención de la más importante definición del sistema mundial...” (1998: 24).

Sólo uno es por lo tanto este sistema, que ciertamente trata con un sistema gemelo idéntico por lo general, sin jamás experimentar alguna transformación cualitativa: “Nunca hubo un ‘progreso’ unilineal avanzando de un ‘modo’ de producción hacia otro; más bien, todas las formas de relaciones de producción fueron y permanecen ampliamente entremezcladas dentro de cualquier ‘sociedad’, por no decir dentro de la sociedad mundial como un todo” (1998: 331). Frank lleva aún más lejos sus aseveraciones sobre el debate acerca de la naturaleza de los sistemas (feudal y capitalista) que son usados “incrustando y vaciando categorías” (1998: 336) porque la realidad es que “la continuidad histórica ha sido mucho más importante que todas y cualquiera de las discontinuidades” (1998: 342). Presentada de esta manera, la continuidad no combina con la forma cíclica que adopta, y que Frank justifica en términos filosóficos generales: “el movimiento cíclico parece ser un hecho universal de la existencia, de la vida y del ser...” (1998: 347).

2. Estas tesis son, en mi opinión, no únicamente falsas, sino impotentes. Al adoptarlas, se impide el avance en el análisis de la especificidad de los modos de organización de una sociedad y se renuncia a responder todo un conjunto de interrogantes en torno al funcionamiento de varios aspectos de la sociedad (la vida económica, el sistema del poder social y político, etc.). Lo que genera una imagen escindida de la historia en la que no existen nada más que hechos que se yuxtaponen unos sobre otros.

El trabajo de Frank, desgraciadamente, es un lindo ejemplo de este tipo de historia plana. El “sistema-mundo” que describe se encuentra, de hecho, reducido a una red de vínculos comerciales a nivel interregional. La composición y el volumen de estos intercambios son, por tanto, determinados por la “competitividad relativa” de los productores, que son directamente influenciados por la combinación de recursos naturales con, más o menos, trabajo humano y tecnología. Esta es la visión de la vida económica que la perspectiva “standard” de la economía ofrece generalmente. Se guarda silencio sobre todo lo que concierne a la

organización política de las sociedades o, igualmente, sobre las ideas actuales con los cuales los sistemas legitiman su poder y los temas que desde ahí están en juego.

Por el contrario, por supuesto, insisto en la importancia decisiva que conlleva la afirmación de que el modo de producción capitalista representa una ruptura cualitativa con los sistemas que le precedieron (incluyendo claro a Europa). Estamos obligados a especificar: i) la definición exacta de la especificidad del capitalismo; ii) la fecha en la cual pudo haberse constituido; y iii) las etapas y formas de su evolución.

3. En su libro, Frank nos invita a reevaluar los tres siglos de mercantilismo (1500-1800) desde su tesis central, intentando convencernos de que siempre ha existido únicamente una economía –la economía mundial– y que siempre se ha conducido con la misma lógica sobre el espacio y el tiempo. Basado en esta suposición, Frank acepta la tesis del “ascenso de Occidente”. El orden de su razonamiento es el siguiente: i) Europa no creó nada nuevo durante estos tres siglos, sólo imitó lo que ya había existido en Asia; ii) al hacerlo, Europa continuó retrasada detrás de este modelo hasta el siglo diecinueve; iii) de suerte que, destacó en esa economía mundial muy marginalmente, y solamente comenzó a integrarse en ella seriamente durante este período; iv) Europa así pudo, con base en los metales preciosos extraídos de América, cerrar su déficit comercial con la Asia más avanzada. Frank desarrolla lo que espera sea una sorprendente comparación entre este modelo del “ascenso de Europa detrás de Asia” con base en la forma de su integración dentro del antiguo sistema mundial (durante la era en la cual su centro fue Asia) y, asimismo, analiza el Asia contemporánea afirmando que sigue la misma trayectoria avanzando con una participación cada vez mayor en el sistema mundial contemporáneo (que hasta ahora ha tenido como centro una Europa Occidental reforzada por Estados Unidos).

Citando a Wallerstein (1997: 252), señala que “empresarios y compañías obtienen grandes ganancias (...) por ser simultáneamente productores, comerciantes y financieros...,” y agrega, “por supuesto, pero Wallerstein falla al no observar que lo mismo fue y es igualmente cierto a lo largo de la economía-mundo, no solamente en la pequeña parte ‘capitalista’ de Europa” (1998: 31). Además, en esta imitación, Europa continúa a la zaga en relación con su modelo asiático. Frank escribe: “Hasta antes de 1800, Europa no era ciertamente central en la economía mundial... [] la China de Ming/Qing, la India de Mughal e, incluso, la Persia de Safavid y los Imperios turco-otomanos tuvieron mucho mayor peso político y también militar por encima de cada uno y de todos los países de Europa” (1998: 5). Y añade: “la economía mundial continuó siendo dominada por Asia al menos tres siglos más, hasta cerca de 1800. La margina-

ción relativa y absoluta de Europa en la economía mundial continuó, a pesar de las nuevas relaciones de Europa con América, que aumentaba sus relaciones con Asia... Actividades económicas productivas y comerciales, así como el crecimiento de la población (...), también continuaron ampliándose más rápidamente en Asia, por lo menos hasta 1750...” (1998: 53). En este período, “Europa no fue un centro industrial importante en términos de exportaciones para el resto de la economía mundial” (1998: 177).

La posición débil e inferior de Europa, que esta ciertamente determinada por su retrasado despegue científico y tecnológico, hace a sus “industrias” no competitivas (más adelante volveré sobre esta calificación inapropiada que Frank utiliza). Y se extiende afirmando: “toda investigación seria (...) muestra que la ‘etapa’ de la superioridad científica y tecnológica de Europa no comenzó sino hasta la segunda mitad del siglo diecinueve..., es decir, dos siglos después de la ‘revolución’ científica y uno después de la ‘revolución’ industrial (1998: 190). Completa su afirmación explayándose en torno al desarrollo del uso de mecanismos financieros sofisticados en la administración del comercio y del crédito practicado en Asia (1998: 210 ff). Generalizando su formulación, señala: “los asiáticos no eran más ‘tradicionales’ que los europeos, de hecho, en gran parte lo eran mucho menos” (1998: 259). No es sorprendente que el volumen y la densidad del comercio de mercancías siguieran siendo mucho más fuertes en Asia que en el resto del mundo. “Así, entre 1750 y 1800, la producción asiática fue mucho mayor, era más productiva y competitiva que cualquier otra que los europeos y los americanos pudieran reunir...” (1998: 172).

Para sostener esta formulación Frank subraya, por ejemplo, que el comercio interno chino en granos fue de diez a quince veces superior al comercio “normal” del Báltico (1998: 222). Defendiendo, enérgicamente, la centralidad de Asia en el sistema mundial en el tiempo, observa: “cualquier cosa dentro del sistema mundial moderno se encontraba bajo la hegemonía asiática, no de Europa” (1998: 166). A pesar de lo cual, el prejuicio eurocentrista señala lo contrario: “Incluso la mitología, aún en Asia, ha creído que el comercio mundial fue creado por y para el dominio de los europeos” (1998: 178). Los comerciantes europeos no inventaron nada –lo que hicieron, cuando fueron integrados en el sistema contemporáneo, fue inventar nuevamente, sin mejorarlo, lo que ya existía en Asia–. Europa estuvo satisfecha de integrarse al sistema en la era en que Asia ocupaba la posición central. Los medios usados para alcanzar este fin fueron el oro y el dinero provenientes de América. En síntesis, Frank concluye su tesis así: “Los europeos se compraron a sí mismos un asiento (...) en el tren asiático” (1998: 277).

Trazando un mapa que muestra el movimiento de las transacciones internacionales en el tiempo (1998: 65) y que

contiene numerosas referencias a su volumen para subrayar el déficit comercial europeo –que hacía que el oro y el dinero representaran dos tercios de sus exportaciones (1998: 148)–, Frank resume su tesis con una hermosa formulación: Europa se edificó a sí misma a partir de “subirse sobre los hombros asiáticos” (1998: 277). El dinero transferido a través del déficit comercial europeo de América hacia Asia no fue, de ninguna manera, “sepultado” en Asia, como el prejuicio europeo considera. Fue utilizado para fortalecer la extensión de la producción y el comercio asiáticos. Ese dinero “engrasó las ruedas de su producción y su comercio, de modo que, no fue ‘excavado de América para ser enterrado otra vez pero ahora en Asia’” (1998: 138).

Sobre este punto cita a Wallerstein cuando afirma: “[el oro llevado hacia Asia fue utilizado en gran parte ‘para atesoramiento y joyería’... [Esto] evidencia que las Indias del Este seguían siendo *externas* a la economía-mundo europea...” (Frank, 1998: 153). Pero Frank asume el otro lado para su argumento: “contrariamente a lo que considera Wallerstein, el flujo mundial de dinero en Asia (...) pone en evidencia que ella era parte de la misma economía mundial” (1998: 153). En Asia la llegada creciente de dinero “no subió sustancialmente los precios, como sí lo hizo en Europa (...). [En cambio], generó incrementos en la producción y en las transacciones...” (1998: 157). En China, los “comerciantes adelantaron capital (probablemente... derivado de las exportaciones y de la importación de la plata) a los productores campesinos a cambio de recibir después sus cosechas” (1998: 161). Esta es una importante razón para asumir que Europa ya se encontraba integrada dentro del sistema mundial sinocéntrico existente. “Este comercio global multilateral sinocéntrico se extendió mediante la infusión del dinero de América por los europeos” (1998: 126). Mientras la creencia eurocentrista asume que Europa fue la que formó el mundo, uno puede sospechar “que quizá el mundo fue el que hizo a Europa” (1998: 3).

Para hacer su tesis más convincente, Frank propone una valoración análoga a la del ascenso de Europa (como NPIs, Nuevos Países Industrializados) aludiendo a lo que sucede actualmente en Asia. Afirma: “la analogía contemporánea la podemos encontrar en que la actual crisis económica del mundo permite el ascenso de lo que ahora denominamos economías de nueva industrialización (ENIs) en el este de Asia... Como hoy lo hacen las ENIs de Asia del Este, Europa se encontraba ocupada de entrada en la sustitución de importaciones (justo cuando tenía la industria que ‘lidereaba’ la industria de los textiles que anteriormente se importaban de Asia) para, luego, impulsar crecientemente la exportación –primero hacia sus relativos mercados protegidos en África occidental y América y, después, hacia el mercado mundial en su

totalidad...–” (1998: 263). Lo que debe ser explicado, en cualquier caso, es la inversión de las posiciones ocupadas respectivamente por Europa y Asia –descubrir por qué Europa usurpó la posición central de Asia (alrededor 1800), y cómo y por qué Asia ha sido capaz de rehabilitarse ulteriormente (es decir, en nuestro tiempo)–. Frank plantea: “La pregunta es cómo y por qué, hacia 1800, comenzaron de repente Europa y luego Estados Unidos, después de haberse mantenido retrasados mucho tiempo, a ponerse al día hasta alcanzar y adelantar económica y políticamente a Asia en el único sistema económico mundial” (1998: 284). Las respuestas de Frank a estas interrogantes son vagas y fragmentadas. “El argumento es que no fueron la alegada debilidad de Asia y la presunta fuerza de Europa, en el período de la historia temprana del mundo moderno, sino, más bien, los efectos de la fuerza de Asia los que la condujeron hacia su declive después de 1750. Análogamente, fue la previa posición débil y marginal de Europa (...) la que permitió su ascenso después del 1800” (1998: 37).

Posteriormente, regresaré a esta formulación que es presentada como un cierto tipo de ley del desarrollo desigual (sobre la cual propongo una versión que considero más convincente). “El declive del Este precedió el ascenso de Occidente” (1998: 264). Especificaré mucho más adelante cómo analizo las causas de este “descenso”. “La revolución industrial fue un acontecimiento imprevisto, que ocurrió en una parte de Europa como resultado de la continuación de la estructura desigual y del proceso desigual de la economía mundial como totalidad” (1998: 343). También regresaré sobre esta cuestión ante la cual el método utilizado por Frank no ofrece una respuesta.

4. Rechazando reconocer la importancia central de los virajes decisivos en la historia universal y, en consecuencia, la necesaria atención que exige el moderno sistema (capitalista) de producción, por su nuevo carácter, cualitativamente mejor que todos los sistemas anteriores (tanto europeos como asiáticos), Frank se ve forzado a descender a una filosofía débil de la historia en la que ella es vista como un proceso que nunca ha producido algo nuevo digno de atención. (“La mayoría de las cosas cambia, pero la mayoría siguen siendo iguales”). Consecuentemente, para Frank, los ciclos monótonos se suceden uno a otro. Esto es todo lo que es posible una vez que se tiene el prejuicio de que nada de importancia puede cambiar en el curso de la historia. Además, estos ciclos son calificados como globales, sin ser nunca específicos de alguna región del mundo.

Lo mismo sucede con los argumentos que se nos ofrecen en torno a los problemas de las “hegemonías”. Rechazando leer la historia moderna (que corresponde al tiempo que va de 1500 hasta el presente) como una sucesión de hegemonías, Frank señala: “En ningún periodo,

a lo largo de estos cuatro siglos, alguna economía o algún Estado fue capaz de ejercer cualquier grado significativo de hegemonía o, incluso, de liderazgo, sobre (...) el mundo como totalidad” (1998: 333). Aunque he rechazado esta tesis particular –de hecho, popular entre muchos autores de la escuela de la economía-mundo–, hay que reconocer que contiene una fuerza especial pero por razones muy diferentes a las aludidas por Frank.

En lo que concierne a sus planteamientos generales, Frank insiste en que constituyen condición *sine qua non* para una lectura no eurocentrista de la historia. Evidentemente, como sus tesis no son ni las de Marx o sus rivales burgueses, ni las de la escuela de la economía-mundo, ni tampoco aquellas de la cultura que acompaña a la economía convencional anglosajona (cabe decir, implícita en los discursos dominantes), la combinación es posible. A todas estas perspectivas Frank las acusa de involucrarse en la búsqueda común de los orígenes de todo desde una “Europa excepcional” (1998: 336). Con desconcertante indiferencia, Frank casi reduce al marxismo a las tesis del modo de producción asiático. Afirma: “si varias partes de Asia fueron más ricas y productivas que Europa [al menos hasta 1750]... ¿cómo es posible que el ‘modo de producción asiático’ hubiera sido tan tradicional y estacionario (...) como Marx, Weber, Sombart y otros sostuvieron?” (1998: 35).

Las explicaciones de la historia universal, diferentes a la que él propone, serían necesariamente eurocentristas si afirman que la invención del capitalismo solamente podía ser fruto de la historia europea. Su invención sería una probabilidad imposible en China, debido a la existencia de un Estado imperial, en la India debido a su sistema de castas o en el mundo islámico debido al sistema hereditario del tribalismo nómada (véase 1998: 323-26). Como desde el inicio, para él, todos los analistas de la historia universal han creído en el eurocentrismo, los críticos de este prejuicio son conjuntados y etiquetados como críticos ideológicos. Frank lo dice así: en su crítica al eurocentrismo, Said, Bernal, Amin, etc., “se concentran sobre críticas ideológicas...” (1998:276).

Para mí, será suficiente recordar que no espere, como Frank sugiere, a Perry Anderson para enterrar el modo de la producción asiático, en 1974 (véase 1998: 322), antes de criticarlo. Ciertamente, han habido marxistas que sucumbieron ante el prejuicio eurocentrista. Quizás Marx mismo fue uno de ellos, hasta cierto punto al menos, e igualmente Perry Anderson, así como muchos otros. No considero estar entre ellos. Dado que había enterrado el modo asiático de producción ya en 1957, mientras presentaba (casi palabra por palabra) los mismos argumentos que Frank. Describí la teoría del modo de producción asiático como “creencia occidentalocén-

trica” (sinónimo obviamente de eurocentrismo). Es más, la interpretación de la historia universal que propuse, tanto en *Clase y Nación* como en *Eurocentrismo*, se encuentra completamente basada en la investigación sobre las “tendencias generales” de la evolución social. Esta investigación esta dirigida a reducir el rango de lo específico en el espacio y el tiempo para insertarlos en el marco de la tendencia general.² Los argumentos que Frank articula para soportar su tesis –de que las mismas formas de organización social se encuentran en la Europa medieval, el mundo islámico, India o China (por ejemplo, gremios comerciales)–, son los que avancé, por lo menos hace treinta años, pero en el marco de otra concepción general de la historia universal, de carácter fundamentalmente no eurocentrista, como demostraré más adelante. Mi crítica al eurocentrismo jamás estuvo restringida a la dimensión ideológica. Por eso, estoy sorprendido de que Frank, que me leyó, no lo viera. Si éste es el caso, es probable que Frank prefiriera lanzar al niño con el agua de la tina. Habiendo rechazado –certeramente– el modo de producción asiático, pretendió descartar cualquier debate sobre los modos de producción.

5. Intentaré, en las páginas que siguen, explicar mi análisis sobre las tesis de Frank para ir a las raíces de nuestras visiones divergentes. Explicaré los fundamentos sobre los cuales sostengo la idea de que el capitalismo y el sistema mundial capitalista produjeron algo nuevo, que no constituye de ninguna manera una extensión de sistemas anteriores. Esto permitirá entender por qué el capitalismo produjo y continuará produciendo polarización en la historia, un hecho de enorme importancia que Frank no toma en consideración en sus tesis. Llevaré mi argumentación más allá de los siglos del mercantilismo, conservando como ciertos e importantes muchos de los “hechos” destacados por Frank, pero integrando otros aspectos fundamentales de la realidad que eligió ignorar. Se verá, entonces, que mi análisis en torno al ascenso de Europa sobre esas bases conceptuales no tiene nada de eurocentrista. Desde ahí, examinaré “temas del futuro”. Demostrando que el concepto cíclico con el cual Frank analiza el ascenso de los países asiáticos contemporáneos no permite entender

² Amin (1980; caps. 3 y 4: 46-103) y Amin (1989). El lector encontrará en estos libros mi visión al respecto de las formas centrales y periféricas del modo de producción tributario y del desarrollo desigual a lo largo de la historia, así como también una crítica al culturalismo eurocentrista. Las conclusiones de aquellos análisis son brevemente resumidas en las siguientes páginas. Cfr. Amin y Frank (1978).

la naturaleza y la magnitud de los conflictos de hoy y de mañana. Concluiré destacando el callejón sin salida en el cual Frank se encierra a sí mismo por la forma en la cual aborda el eurocentrismo.

¿Qué es lo nuevo en el capitalismo y en el sistema mundial capitalista?

1. Negándose a asumir las interrogantes que él mismo había planteado —“¿qué es el capitalismo?, ¿qué es la modernidad?”—, Frank se refugia en una pobre conceptualización de la realidad, basada en el empirismo de la economía convencional. Las sociedades son por igual todas enfrentadas con los mismos problemas: cómo utilizar los recursos naturales y su conocimiento tecnológico para producir y comerciar. Esto equivale a la hipótesis de la economía convencional. He referido ya un ejemplo al respecto, cuando Frank habla de la industria textil europea y asiática previa a 1800. Por supuesto, tiene más que ver con la producción artesanal y menos con la producción manufacturera e industrial. Pero, para Frank, esto no es de importancia. Las relaciones sociales que soportan estos métodos de producción (artesanales o industriales) son, más o menos, insignificantes, ya que, únicamente constituyen etapas del desarrollo tecnológico. Por la misma razón básica, Frank se rehúsa a ver que el modo de producción capitalista no es un método de producción tecnológicamente definido por el uso de las máquinas, sino un patrón de organización social que abarca no sólo la producción sino también la vida social en todas sus ramificaciones.

El modo de producción capitalista representa una ruptura cualitativa con el sistema que lo precedió. La ley del valor controla no solamente la vida económica, sino, de hecho, al sistema social entero del mundo moderno (capitalista). Tiene control sobre el contenido de la peculiar ideología específica de este nuevo sistema (el “economicismo” o, mejor, la “enajenación económica”), desde ella controla las nuevas y específicas relaciones entre la base económica del sistema y su superestructura ideológica y política (la riqueza controla el poder, mientras anteriormente era el poder el que controlaba la riqueza).³ Este sistema es, en ciertos aspectos, superior, no sólo porque ha permitido un desarrollo portentoso de las fuerzas productivas, sino también debido a su función específica dentro del espectro político e ideológico (con el concepto moderno de democracia). Sin embargo, constituye, al mismo tiempo, un sistema destinado por necesidad a ser superado, porque el crecimiento exponencial que lo caracteriza

no encuentra ninguna solución en el marco de su lógica inmanente. Como observa Wallerstein, el crecimiento exponencial es canceroso; conduce invariablemente hacia la muerte. El genio intuitivo de Marx reside, precisamente, en haber comprendido que, por esta razón, el capitalismo debe ser remplazado por un nuevo sistema cualitativo que sujete el desarrollo de las fuerzas productivas a una lógica social controlada y no más a una lógica exclusivamente mecanizada de la economía enajenada.

Si, como sostengo, en la tradición marxista el capitalismo es definido, ante todo, por su modo específico de producción, uno debe esperar la revolución industrial, es decir, el dominio de la gran industria fundado en las categorías salario-ganancia, para hablar del modo capitalista en su forma acabada.

En sistemas preindustriales, el trabajo era explotado a través del control de la clase gobernante del acceso a los recursos naturales, básicamente a la tierra. Desde la revolución industrial, el tipo de propiedad que asegura la explotación del trabajo se ha desplazado hacia el control de la maquinaria industrial, que por lo tanto se convirtió en la forma dominante del capital. Ese importante cambio no es visto por Frank y es pasado por alto por aquellos que quitan importancia al cambio cualitativo de la transición del capitalismo mercantilista al capitalismo industrial. Este cambio ha modificado a fondo los patrones de las relaciones sociales, así como la relación entre el poder político y las leyes económicas.

Los tres siglos del mercantilismo europeo (desde el Renacimiento hasta 1800) constituyen solamente una transición al capitalismo, que aparece como tal solamente *a posteriori*. Pueden reconocerse así, *a posteriori*, las rupturas que hacen posible calificar ese período efectivo de transición: la revocación de la preocupación por la peculiar metafísica de la ideología tributaria, el refuerzo de la monarquía absoluta fundado en el equilibrio de las fuerzas sociales feudales antiguas y las de la burguesía, la expresión democrática de las revoluciones inglesa y francesa, etc.

Volveré mucho después a esta transición. No siento, sin embargo, ninguna duda en calificar este período como la “primera fase del capitalismo”. Marx sugirió esto en su análisis sobre la “acumulación originaria”, con la que caracterizó los siglos que otros denominan “mercantilistas”. En cualquier caso, el tiempo que va de 1500 a 1800 representa los puntos de corte de este período.

2. El mundo moderno requiere no solamente que uno conciba la naturaleza de la ruptura que el modo de producción capitalista representa, también requiere entender que el sistema moderno es global. Independientemente de si aceptamos o rechazamos la idea de que ha habido sistemas-mundo anteriores, Frank, Wallerstein y yo (e,

³ Ver mi interpretación sobre la conceptualización del sistema social y capitalismo de Karl Marx, Braudel, y Polanyi en Amin (1996b).

indudablemente, muchos otros), todos, coincidimos en que el sistema moderno es global, en el sentido de que todas sus partes están integradas dentro del sistema por su participación en la división internacional del trabajo, que incluye esencialmente la generación de los bienes de consumo cuya producción corre paralela con un nivel de mercantificación incomparable al alcanzado en períodos anteriores. Avanzando hacia un análisis más profundo de esta evidencia trivial, puede verse que este sistema toma la forma de un sistema económico mundial gobernado por lo que podría denominarse “la ley del valor globalizada”, que necesariamente engendra polarización y un empobrecimiento asociado a la acumulación mundial, que constituye un nuevo fenómeno, sin precedente en la historia. Esta ley gobierna todos los conflictos principales que se escenifican en este periodo: aquellos que se originan desde la rebelión de los pueblos en la periferia y aquellos que suceden entre grupos rivales que buscan la dominación del sistema global, determinando la eficacia de diversas estrategias que intentan prevalecer en el sistema.

La crítica socialista del capitalismo surgió esencialmente como una crítica del modo de explotación del trabajo por el capital. Esta crítica se levantó progresivamente desde el plano del rechazo moral hasta el de una comprensión más científica de los mecanismos, las leyes del sistema y sus contradicciones. Sin embargo, la crítica socialista –incluido históricamente el marxismo– ha permanecido relativamente subdesarrollada con respecto a otras dimensiones del capitalismo, que se ha extendido como sistema-mundo. Por tanto, las consecuencias decisivas de la polarización a escala mundial se han subestimado sistemáticamente. Los análisis del capitalismo que se han propuesto una perspectiva global han sido instrumentados para corregir las insuficiencias del socialismo histórico apuntando al carácter mundial del sistema capitalista y sus efectos polarizantes en esa escala. En ese sentido, son irremplazables. En su expresión inmediata, el sistema capitalista aparece, de hecho, como una economía-mundo que funciona en el marco político de un sistema organizado por Estados soberanos. Podría decirse, no obstante, que la oposición economía-mundo/imperio-mundo se refiere necesariamente a la oposición cualitativa que gira alrededor del modo de producción capitalista.

En anteriores modos de producción las leyes económicas no se afirman como manifestaciones necesariamente autónomas, por el contrario, son expresiones de un orden ideológico y político. Los centros capitalistas dominantes no buscan ampliar su poder político a través de la conquista imperial porque pueden y ejercen de hecho su dominación a través de medios económicos.⁴ Los Estados de períodos anteriores no tenían la garantía de los

beneficios derivados de la dependencia económica de sus posibles periferias, ya que, éstas se mantenían fuera de la esfera de su dominación política.

Los argumentos teóricos e ideológicos que regularmente se ponen por delante –la mayoría a menudo deliberadamente como respuesta al desafío que significa la crítica socialista del sistema, particularmente como respuestas a Marx– omiten el contraste cualitativo señalado aquí, por tanto, intentan describir, sobre innumerables niveles posibles de aprehensión inmediata, características específicas de la modernidad.⁵ Tal análisis fenoménico hunde la historia, llevando el debate hacia alturas demasiado elevadas para la abstracción, y, por lo tanto, trivializa las proposiciones que podrían deducirse de ella.

Sea como sea, las regiones constitutivas (con vastos imperios o modestos señoríos) del mundo tributario de períodos anteriores no existieron necesariamente aisladas una de la otra; por el contrario, toda la investigación histórica corrobora la intensidad de sus relaciones. No obstante, la naturaleza de estas relaciones es diferente de la que caracteriza las conexiones dentro del sistema capitalista mundial. Ciertamente, en todos los casos, es una cuestión de relaciones comerciales. Pero la crítica marxista, que sigue siendo válida, insiste en la necesaria distinción entre “mercado” y “mercado capitalista” (en el que el intercambio se basa en la producción de capital). La importancia del mercado y la intensidad de los intercambios, observada aquí y allá a través del tiempo y del espacio, no son sinónimos de capitalismo. Únicamente indican que el reemplazo del sistema tributario –es decir, el tránsito hacia el capitalismo– ha estado a la orden del día, aquí y allá durante mucho tiempo, y que la transición del mercantilismo europeo no es producto de una ley específica de la peculiar evolución europea, sino expresión de una ley general de la evolución de toda la sociedad humana.

Formular el análisis en términos de modo de producción versus sistema mundial, como hace Frank, no es, así, infundado; pero estas dos direcciones de análisis son complementarias. Sin embargo, habiendo sido ambiguamente formulado, el análisis de Frank en términos de su sistema mundial tiene que conducir a un verdadero desliz, que consiste en realizar una extrapolación hacia atrás de las conclusiones del análisis sobre el mundo capitalista. La última razón del malentendido es que el capitalismo no

⁴ Sobre la cuestión del “territorialismo” (la tendencia a establecer largas áreas gobernadas como una unidad política única), ver Amin (1996b: 235-38).

⁵ Ver mi crítica al provincianismo alemán de Weber en Amin (1996a) y Amin (1992).

puede ser definido por la mera asociación de tres órdenes de fenómenos: la propiedad privada, el trabajo asalariado y la ampliación de los intercambios comerciales. Este método empirista encubre la realidad esencial que exclusivamente existe en el capitalismo cuando el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas lo impulsa la fábrica moderna.

De hecho, sólo con el capitalismo en su forma acabada, que comienza con la revolución industrial, aparecen los dos fundamentos del mundo moderno. El primero es la urbanización masiva de la sociedad, que conduce a un cambio cualitativo, puesto que, hasta entonces, todas las sociedades humanas habían sido esencialmente rurales. La urbanización masiva necesitó de una revolución agrícola, mecánica y química, es decir, es inconcebible sin la industria capaz de proporcionarle sus inputs. El segundo es el carácter exponencial del crecimiento de la producción. El sistema-mundo moderno constituye un sistema-mundo capitalista porque se basa en el capitalismo como lo he definido. Todas las formas pasadas de organización social en todas las regiones que forman parte del sistema moderno son, a su vez, sujetas a la lógica hegemónica del sistema capitalista. Y este estado de subordinación de los modos originales anteriores es un nuevo fenómeno, único del mundo capitalista.

3. La polarización es una ley inmanente de la expansión mundial del capitalismo. Este fenómeno es también nuevo en la historia.⁶ El capitalismo actualmente existente, como fenómeno mundial, es irreductible al modo de producción capitalista y no intenta convertirse en tal. El modo de producción capitalista presupone un mercado integrado por tres dimensiones (el mercado de productos, de capital y de trabajo) que definen las bases de su funcionamiento. Su integración, que fue, de hecho, construida en el marco de la historia de la formación de los Estados burgueses del centro (en Europa occidental y central, los Estados Unidos, Canadá, Japón y Australia), nunca se ha ampliado para abarcar al capitalismo mundial. Ya que, el mercado mundial se compone exclusivamente de dos dimensiones en su expansión que integran progresivamente el comercio de productos y la circulación del capital, lo que significa la exclusión del mercado de trabajo que sigue dividido en compartimientos.

⁶ Amin (1997, cap. 1, “El futuro de la polarización Global”, 1-11). Este es un análisis de los “cinco monopolios” que operan en beneficio de la Triáda y tienden a reproducir una profunda polarización, a pesar de la industrialización de las periferias. Ver también el análisis de la relación entre el ejército de trabajadores activo y pasivo, los debates sobre la semiperiferias, Amin (1996a: 79; 82-84); el debate sobre las fases del financiamiento del capital, en el capitalismo industrial y la transición mercantilista, Amin (1996b; 238-44).

Sostengo que este hecho es en sí mismo suficiente para engendrar una polarización inevitable. De hecho, detrás de las proposiciones enunciadas, una división pobremente expresada en el plano teórico se encuentra oculta. Para algunos, el capitalismo es en sí mismo polarizador. Pero, para demostrarlo es necesario elevarse hasta el nivel de abstracción definido anteriormente, esto es, el de la naturaleza trunca del mercado mundial en relación a las tres dimensiones de integración propias del modo de producción capitalista. Para otros, tal argumentación histórica fracasa al formular la proposición general de que el capitalismo mundial es necesariamente polarizador. Esta polarización, considerada como fenoménica, no esencial, es producida por la historia concreta y no por las leyes de la acumulación del capital.

Mi propuesta define de modo abstracto al capitalismo mundial partiendo de la ley del valor que caracteriza al modo de producción capitalista. Por supuesto, esta abstracción no es, de ningún modo, negación de lo concreto, sino, por lo contrario, expresión de la diversidad de éste último. Las condiciones históricas que explican la formación del Estado nacional burgués en un polo y su ausencia en el otro ilustran la diversidad concreta de lo que denomino las periferias.

La definición del contenido esencial del par de conceptos que significan el centro y la periferia es económica por naturaleza. Ésta no es una cuestión de una elección arbitraria, sino expresión de la dominación de la economía en el modo capitalista, y de la subordinación directa de la política y la ideología a las condiciones de la acumulación de capital. Por eso, las relaciones centro/periferia son, ante todo, de naturaleza económica. En cambio, en períodos anteriores, cuando se presenta el fenómeno de la polarización responde a una naturaleza y una dinámica diferente porque opera dentro del marco de sociedades no capitalistas.

La polarización en su forma moderna aparece con la división del mundo en países industrializados y no industrializados. Es, por lo tanto, un fenómeno relativamente reciente que se constituye en el siglo diecinueve. Esta polarización moderna es todavía solamente embrionaria y potencial en el periodo de la transición del mercantilismo al capitalismo industrial –que sucede entre el siglo dieciséis y el siglo dieciocho–. El surgimiento del concepto de polarización en el mundo capitalista tiene, por supuesto, su propia historia. Naturalmente, el debate fue abierto por el análisis de consideraciones concretas y específicas, influenciadas por el período. Estas consideraciones hicieron énfasis en el contraste industrial/no-industrial, ya que, a través suyo la polarización realmente se expresó. La industrialización se convirtió, por esto, en el medio para el “desarrollo” como objetivo histórico que supuestamente lograría la abolición de la polarización (es decir, del “sub-

desarrollo”). Con todo, el contraste industrialización/no-industrialización no es la forma eterna y definitiva de la polarización capitalista. Dominante de 1800 hasta 1945, se desdibuja poco a poco después de la Segunda Guerra Mundial con la industrialización de la periferia, cuando los criterios de la polarización se desplazan hacia nuevos dominios.

Ciertas ambigüedades en el análisis de los sistemas-mundo que se refieren a la definición precisa del capitalismo han conducido a un desliz en la proyección hacia atrás en el tiempo de las características del mundo moderno. La visión más extremista (la de Frank, por ejemplo) llega tan lejos como para formular que la idea misma de las especificidades propias de los diversos modos de producción es infundada, que no hay diferencia entre el capitalismo y los sistemas presuntamente previos (ya que, en todos los sistemas, elementos capitalistas y otros se encuentran supuestamente entremezclados de la misma forma), de suerte que, las sociedades del planeta han sido siempre completamente integradas en un solo sistema mundial que data del aurora de la historia. Allí se unen la larga tradición de aquellas filosofías de la historia que se preocupan por establecer la eternidad del sistema y la inutilidad de los esfuerzos por cambiarla. Otros, menos precipitados, se contentan con bosquejar comparaciones de las relaciones centro-periferia en distintas eras de la evolución, del carácter cíclico de la evolución de los sistemas o del desplazamiento de los centros hegemónicos. Sin duda, al situarse en un alto nivel de abstracción, pueden percibirse notables similitudes a través de las distintas eras. El uso de una terminología común tiende a reforzar la ilusión de estas analogías. Incluso yo mismo he utilizado los términos “centro” y “periferia” en los análisis que he efectuado sobre los períodos previos al capitalismo. Sin embargo, juzgo necesario especificar cómo diferentes contenidos de estos conceptos pueden aplicarse a sistemas sociales diversos. La amalgama de los períodos –sostengo– procede del empobrecimiento de los conceptos.

La reciente industrialización de las periferias, aunque desigual, por supuesto, constituye un anuncio de la reconsideración de la polarización, para librarla de su lenguaje histórico anticuado. Ciertamente, la polarización continuará produciendo la no integración de las tres dimensiones del mercado del capitalista, pero será dentro del marco del sistema de acumulación a nivel mundial, operando en un mundo que tiende a volverse globalmente industrializado. He intentado proyectar, a través del análisis de lo que denomino los “cinco monopolios”, las formas que emergen de la polarización centro-periferia.

La polarización producida por la expansión global del capitalismo en los últimos dos siglos es fenomenal,

es incomparable frente a cualquier cosa que se haya visto antes en el contexto del desarrollo desigual. Es muy conocido, por los escritos de Bairoch (y de otros), a quienes Frank se refiere, que, en vísperas de la revolución industrial, la brecha de la productividad fue modesta para 80 o 90% de la población global. Tenía una proporción de 1 a 1.3, de 1 a 2 o, más aún, de 1 a 3 en favor de las regiones más dinámicas de Europa sobre lo avanzado en Asia, aunque en opinión de la mayoría de los estudiosos, incluyéndome a mí y a Frank, estas magnitudes podrían ser limitadas. Estas brechas amplían fantásticamente su proporción hasta alcanzar a ser como de 1 a 60 y continuar aún su expansión –prueba de ello es que en 1800 sucede un giro en la historia universal, lo que muestra que el capitalismo no existió plenamente hasta después de la revolución industrial–. Este fenómeno, nuevo en la historia, no parece molestar a Frank en lo más mínimo. Puesto que no hay nada nuevo bajo el sol, la polarización moderna atribuida a manifestaciones del desarrollo desigual son vieja noticia. Los sistemas pasados no fueron polarizantes por naturaleza, era posible nivelarse o “ponerse al día”. En sentido opuesto, éste ya no es más el caso bajo el capitalismo. La ceguera de Frank ante este problema tan importante de la historia moderna lo llevará a un análisis fundamentalmente defectuoso del “milagro” de las economías de nueva industrialización (ENIs). Esta ceguera le impide entender el problema real del conflicto social de hoy y de mañana.

Problemas concernientes a la transición hacia el capitalismo

1. Los tres siglos del mercantilismo, que son justo en los que se centra el libro de Frank, constituyen el período más complejo de la historia universal debido a que las viejas formas tributarias y las nuevas formas con que emerge el capitalismo se encuentran asociadas operando, a la vez, de modo complementario y conflictivo (quizás análogo a los modos con los que el capitalismo y el socialismo funcionaron en la sociedad contemporánea). La hipótesis de Frank simplifica la interpretación de esta fase de la historia.

2. Para tener una idea clara de la naturaleza de los problemas y del conflicto entre lo viejo y lo nuevo, entre 1500 y 1800, es necesario examinar cómo eran las sociedades humanas antes de este conflicto y todas sus implicaciones. He intentado hacerlo de dos modos:

(i) Definiendo, más allá de las infinitas variedades de formas locales, lo que es común a todas las sociedades antiguas: la dominación basada en el poder político-ideológico y sus expresiones a través de las culturas de la enajenación religiosa. El concepto propuesto para eso, el de sociedad

tributaria (Amin, 1980), constituye el instrumento clave para una verdadera interpretación no eurocentrista de la historia universal.

(ii) Proponiendo un modelo de las relaciones comerciales entre los socios regionales de este “sistema mundial” (de hecho, reducido al Viejo Mundo-Asia, Europa y África) para la duración de 20 siglos que cubren el período de las revoluciones que crearon las sociedades tributarias (de 500 a 300 A.C.) hasta 1500. Este esquema –que traza un mapa similar al propuesto por Frank para el período que va de 1500 a 1800– saca a la luz la intensidad del comercio entre lo que denomino los tres centros tributarios –el Helénico, el Hindú y el Confuciano– y las periferias (Europa, África, Japón y el Sureste de Asia) (Amin, 1991; también Frank y Gills, 1993; o Amin, 1996a: cap. 2, 69 ff). El centro y la periferia de este sistema no se definen en términos económicos –lo que significaría transponerles retrospectivamente el capitalismo–, sino en términos de las formas políticas y culturales de la sociedad tributaria.

¿Es posible, entonces, describir este sistema como global? No completamente, puesto que no es en absoluto paralelo al carácter global del capitalismo. No, no por lo pequeño que resulta su número de intercambios comerciales al compararlo con el comercio contemporáneo (lo que nos llevaría a una simple discusión cuantitativa), sino por razones fundamentales relacionadas con la naturaleza del sistema social tributario. Basadas en el dominio ideológico, esas sociedades produjeron la expansión espacial de su cultura y, de esta forma, edificaron relaciones de conquista e intercambio pacíficas entre ellas. Un sistema mundial habría exigido, en su línea del pensamiento, la unificación político-religiosa, objetivo que no eran, evidentemente, capaces de realizar. Prefiero denominar este tipo de relación un sistema de interconexiones entre sistemas regionales (que corresponden a diferentes espacios culturales). El capitalismo creó un sistema mundial de otro tipo, a través de la integración de las sociedades que lo constituyen en un sistema económico único, unificado pero no homogeneizado. Esta unificación por sí misma, a su vez, generó una universalización cultural sin precedentes. Pero su universalismo sigue trunco porque se entrelaza con una globalización económica polarizante.

La constitución de las grandes regiones tributarias no conduce a su unificación en un sólo sistema estatal. Por el contrario, las áreas definidas por las redes de organización

del poder militar y político, de intercambio económico, de difusión religiosa e ideológica, no corresponden generalmente. Su combinación, más o menos alegre, caracteriza diversas sociedades, algunas son capaces de perdurar y florecer, para abrirse y conquistar, otras se cierran sobre sí mismas en callejones sin salida mortales. En este marco, los conceptos de centro/periferia y de hegemonía pueden demostrar su fecundidad, a condición, sin embargo, de no ser definidos –en comparación con los conceptos modernos– a partir de la explotación económica. En este marco, la red de intercambios e interacciones puede permitir hablar de sistemas regionales, a condición, asimismo, de que no se confundan los efectos altamente selectivos de estos intercambios con los infinitamente más estructurados del sistema-mundo moderno, que, por esa razón, es el único que merece este calificativo.

La lectura de la historia muestra, a diferencia de las afirmaciones extremistas del sistema mundial (de Frank), la durabilidad extraordinaria del equilibrio de los grandes polos de los mundos antiguos (McNeill, 1963; Mann, 1986; también Amin, 1966a: 98). La durabilidad no es sinónima de condición estática. Todos los sistemas antiguos están, por el contrario, en movimiento permanente, a través del ímpetu dado por una contradicción idéntica básica que los caracteriza. Esta contradicción contrasta la lógica dominante del poder tributario con los requerimientos del desarrollo de las fuerzas productivas, que se expresan en la tendencia hacia la autonomización de las relaciones comerciales.

Los notables trabajos de Janet Abu-Lughod (1989), de K. N. Chaudhuri (1985), de John Fitzpatrick (1991) y de G. Coedes (1948),⁷ entre otros, destacan esta contradicción en el Oriente islámico, India y China en todos los puntos análogos en que operó en Europa en la Edad Media y durante los siglos de la transición capitalista. El papel del comercio marítimo y las ciudades comerciales en las “rutas de la seda” de Francia, Alemania, Italia, el Oriente islámico, Asia central, Malaca, Sahara, la Costa del Este de África, los mares de China y Japón es por todas partes similar. Existe una producción masiva de exportación, pero en el marco o de las manufacturas o del sistema de artesanías y colocación de los productos que no son siempre solamente artículos del “prestigio” sino algunas veces artículos cotidianos, incluso si los productos se encuentran reservados solamente para las clases ricas. En este contexto, se podría hablar, como hace Marx, de capitalismo comercial. El conflicto se da entre sus aspiraciones para volverse autónomo frente al poder tributario y las expansiones marítimas que estimula que no son específicas de la historia europea. Pueden encontrarse en China, donde la transferencia del centro económico de gravedad del norte “feudal” del país al sur “marítimo” fue su modo de generar la desintegración del Imperio Confuciano en una constela-

⁷ Ver, además, algunos ejemplos de falsa proyección por ellos de la economía mundial en los períodos previos a 1500 d.c. en Amin (1996a: 101-02).

ción de Estados. Algunos de estos Estados contaban con una estructura típicamente comercial y podrían haberse establecido en el mar de China o en el Pacífico, como lo hizo más tarde el mercantilismo en el Mediterráneo y el Atlántico. Los frenos puestos por los Mings, como las invasiones Turco-Mongolas en el Oriente, Cercano, por esta razón, podrían verse como accidentes de la historia que otorgaron a Europa su oportunidad. El capitalismo podría haber nacido aquí; no es el producto de una excepción europea a la regla, como sugiere la ideología eurocentrista, pero, por el contrario, constituye la solución normal a la contradicción fundamental de todos los sistemas tributarios. Sin embargo, reconocer este hecho de ningún modo significa que el capitalismo estuviera ya presente allí, ni que sea razón para que su surgimiento en la región periférica del mundo tributario –Europa– no requiera un análisis específico, menos aún significa que el período europeo del mercantilismo no contribuyera con nada nuevo.

3. Todos los sistemas tributarios avanzados (el del Oriente Islámico, India y China) se encontraban, en el amanecer de la conquista de Europa sobre América, agitados por las mismas contradicciones básicas que podían ser únicamente superadas por la invención del capitalismo. No obstante, el surgimiento de esta respuesta en Europa debe ser explicado concretamente, así como las razones de que el desarrollo del capitalismo en Europa detuviera la posible evolución en esta misma dirección para otras regiones del mundo, lo que de hecho exigió involuciones regresivas (Amin, 1980: Cáp. 3, 4).

i) El período 1500-1800 se ubica dentro de la historia del capitalismo y no del feudalismo europeo, aunque el capitalismo fuera aun comercial y surgiera en forma completa solamente hasta la gran industria en el siglo diecinueve.

ii) La transición europea mercantilista, en contraste con el desarrollo temprano alcanzado en otras partes, es singular. Su singularidad se basa en que el Estado absolutista no fue la continuación del disperso poder feudal tributario de la era anterior (que, por esa razón, lo convirtió en una forma periférica del Estado tributario), pero es su negación. Mientras que, en otras partes (como el Oriente Islámico, India y China), el Estado tributario asumió desde el principio su forma madura (que denominé central) y la mantuvo.

iii) Durante la fase 1150-1300, el feudalismo europeo experimentó una expansión sujeta a su propia lógica interna, a través del desmonte de tierras nuevas. Esta expansión quedó agotada durante la siguiente fase (1300-1450), como lo muestra el descenso de su productividad; pero el sistema político se mantuvo sin cambiar (feudal). Estas dos fases son de una naturaleza completamente diferente a la de las fases capitalistas ulteriores de auge y crisis. El carácter periférico de la formación tributaria europea revela una

flexibilidad que puede contrastarse con la rigidez relativa de las formas tributarias centrales avanzadas: la crisis del sistema feudal fue superada por el surgimiento del Estado absolutista que, por medio de la conquista de América, creó una economía-mundo mercantilista a su servicio.

iv) La concepción de que el Estado absolutista debe ser feudal por naturaleza, debido a que, por su misma esencia, el Estado capitalista debe ser liberal, constituye una deformación producida por la ideología burguesa, la cual, a su vez, ha producido otras confusiones. Desde esa perspectiva, por ejemplo, se diría que la ventaja de Gran Bretaña sobre su rival principal, Francia, fue resultado de su sistema político (los principios del liberalismo en el siglo dieciocho) o de su ideología (el protestantismo) o de su superioridad tecnológica. En realidad, esta ventaja es básicamente resultado de la posición privilegiada de Gran Bretaña en el sistema de explotación de las periferias americanas.

v) El establecimiento de un nuevo sistema de relaciones centro-periferia entre la Europa Atlántica y América no es la repetición de la ampliación comercial de períodos anteriores. América “no negocia” con Europa; es moldeada para ser integrada como periferia explotada económicamente por el mercantilismo europeo. Entre los autores de la escuela del sistema-mundo, J. M. Blaut (1989, 1991; Amin, 1990) subraya, correctamente, la importancia extraordinaria de esta explotación, que tiene su expresión, en primer lugar, en un flujo considerable de oro y de plata, que refuerza la posición social de los nuevos capitalistas comerciantes de la sociedad europea y les otorga una ventaja decisiva sobre sus competidores (permitiéndoles ofrecer mejores precios por todo el mundo), y, en segundo lugar, en un volumen colosal de beneficios que es sustraído de las plantaciones de América. En 1600, las exportaciones de azúcar de Brasil representaron el doble de las exportaciones totales de Inglaterra.

vi) Los dos ciclos, de expansión (1450-1600) y de reajuste (1600-1750), de la economía-mundo del mercantilismo, tienen su propia naturaleza, que es diferente en esencia de la de los últimos ciclos del capitalismo desarrollado.

vii) En el nacimiento del capitalismo europeo, dos factores (la flexibilidad del modo tributario periférico feudal y la construcción de una economía-mundo mercantilista, con el moldeado de América dentro de este marco) se ligan indisolublemente. He contrastado lo que he descrito como “desarrollo desigual” (donde el salto cualitativo hacia delante surge de las periferias del sistema anterior) con el argumento culturalista sobre el “milagro europeo”, que ha sido dominante a través de la deformación eurocentrista promovida por la ideología occidental (recurso del mítico antepasado griego, de la cristianofilia y del racismo).

viii) El carácter capitalista de la transición mercantilista se expresa en la ruptura ideológica que acompaña la formación del Estado absolutista: el abandono de la hegemonía metafísica.

4. La investigación del período de transición que va de 1500 a 1800 que he realizado es muy distinta a la efectuada por Frank. Considero que a este período lo caracteriza un nuevo y grave conflicto. Por un lado, esta el poder que instalará el sistema moderno, es decir un sistema económico jerarquizado, centrado en Europa (y que se extiende hacia los Estados Unidos y luego a Japón, de suerte que, juntos constituyen la “Tríada” contemporánea) que impone al resto del mundo (la mayoría) el status de víctimas periféricas de una polarización al por mayor y sin precedente. Por otro lado, están las fuerzas que resisten el desmantelamiento de los viejos sistemas en todas sus ramificaciones, esto es, tanto en el nivel de la organización local como en los niveles correspondientes a los sistemas regionales e internacionales (que terminan perdiendo la guerra).

Las diferencias entre el viejo y el nuevo sistema, que Frank no reconoce, son vastas. En el viejo sistema, la mayoría de la población del globo estaba concentrada en el centro; en el nuevo, el centro es la minoría. En el viejo sistema, los tres centros gozaron de autonomía considerable, lo que no se relaciona para nada con el alto nivel de interdependencia que existe en la Tríada moderna. Sin parecerse a la polarización propia del capitalismo, el viejo sistema hacia posible la nivelación. La prueba es que la Europa periférica fue capaz de alcanzar en un tiempo muy corto al centro. El sistema moderno hace imposible recuperar el espacio perdido en el marco de su lógica de producción.

En consecuencia, considero el período 1500-1800 como el del conflicto entre los dos sistemas. El mapa que Frank propone en su libro ilustra la combinación conflictiva de la red correspondiente al nuevo proyecto del capitalismo centrado en Europa (y, más adelante, en la Tríada) y de las redes heredadas del pasado (que constituyen los subsistemas de Asia del Este y del Océano Índico). Los viejos subsistemas fueron perdiendo progresivamente su autonomía, de cualquier modo, fueron destruidos o sometidos por la nueva red capitalista.

Digo progresivamente porque Asia, de muchas formas, siguió siendo más avanzada que Europa antes de que ésta comenzara su conquista del mundo. En lo que a esto concierne, es necesario ajustar cuentas con los argumentos de Frank. Ya que, esta tesis la he sostenido durante mucho tiempo, pero no la interpreto, como Frank, asumiendo que “nada ha cambiado”. Si Asia perdió esta guerra y si Europa la gana, eso motiva la reflexión y la explicación. La explicación que Frank formula sobre esto es pobre: Europa

se benefició de la crisis asiática. ¿Cuál crisis? ¿Y por qué Asia no superó (la crisis) por sus propios medios? Con respecto a China, el texto de Jean Chesneaux y Marianne Bastid (1969) traza el mejor análisis de esa crisis:

“La relación entre la población y la actividad económica, la relación que era favorable hasta mediados del siglo dieciocho, fue sacudida entre 1780-1800. Cuando sucede un cambio en el cual la combinación de población y crecimiento económico llevó a la crisis y el agotamiento de los recursos en relación con las necesidades de una población que continuó ampliándose rápidamente” (1969: 43).

Es forzoso coincidir con Chesneaux y Bastid en que ninguno de los sistemas chinos subsiguientes, ni los del imperio ni la República de Kuomintang podían superar esta crisis; de hecho, China tuvo que esperar la revolución comunista para atestiguar el comienzo de su resolución. Considero que no sería posible explicar la resistencia de la sociedad china a la transformación cualitativa de su organización (que era requerida para superar la crisis) sin el reconocimiento de la rigidez extraordinaria de un sistema tributario avanzado. Comparo esta rigidez de las sociedades centrales con la flexibilidad de los modos periféricos, y formulo la hipótesis del desarrollo desigual en la historia de una naturaleza fundamentalmente no eurocentrista. En este sentido, China no era más “tradicionalista” que Europa en el pasado como Frank cree, se volvió así. Europa, siendo periférica, repentinamente se hizo más flexible, más abierta al cambio. Esta observación contraviene el eurocentrismo. El eurocentrismo existe cuando se interpreta esa flexibilidad por virtudes exclusivas inmanentes a Europa; lo inverso sucede cuando se explica con base en leyes generales que funcionan en todas las sociedades humanas.

En este sentido, asimismo, suena excesivo decir que durante el período mercantilista nada nuevo fue inventado. Sin duda, Europa no inventó mucho que no fuera previamente conocido en otras partes antes del siglo diecinueve, en los campos de la tecnología y la organización comercial. Pero Europa fue capaz de inventar nuevas cosas en otros campos, tales como la organización del poder y las relaciones en la vida económica. Europa fue, por tanto, la primera en inventar el capitalismo —que como dije, podría haberse originado en otra parte—. Esto no puede ser nada. Habiendo removido deliberadamente de su investigación todo lo que se refiere a política e ideología, relaciones sociales y problemas sociales, además todo lo que es economía exterior, Frank se rehúsa a ver la magnitud de los cambios en juego.

Es necesario asumir otra perspectiva de la mayoría de las cosas que escribió sobre Asia. En mis estudios sobre los sistemas pasados (de 500 a.C. al 1500 d.C.), hice énfasis en las particularidades propias de la evolución de cada una

de las tres principales áreas centrales. China experimentó un desarrollo prácticamente continuo, desde el principio hasta mediados del siglo dieciocho, que le proporcionó un avance estable colocándola por encima de todas las otras sociedades y la dotó de una fuerza que explica por qué pudo gestionar escapar de la colonización, incluso después de su derrota durante la segunda mitad del siglo diecinueve. El crecimiento cuasi-regular de su población y su expansión hacia el sur del Yang-tzé (datos que Frank utiliza y que son iguales a los míos) dan testimonio de su dinamismo (que es contrario a la visión eurocentrista de un “estancamiento asiático” sin paralelo durante dos milenios). Desde aquí puede comenzar a apreciarse la admiración mostrada a China por los europeos (que ya destacué; ver Etienne, 1988). El desarrollo de India (donde también mis datos no difieren de los de Frank), fue más caótico y cayó dentro de una crisis muy tempranamente. Esto probablemente explica la facilidad con la cual India fue conquistada por Dupleix y los británicos. El caso del centro del Oriente Medio fue mucho más dudoso. Frank –como yo– observa que la población de la región ha permanecido prácticamente estancada por casi dos milenios, hasta el siglo diecinueve. Las técnicas de la producción en la agricultura y las artesanías registraron igualmente una evolución muy pequeña. Se puede, por tanto, hablar de estancamiento más que de desarrollo continuo. Y si la región parecía “brillante” en comparación con la Europa periférica hasta el siglo catorce, es simplemente por herencia de su más prestigioso pasado. Hasta el primer siglo de nuestra era, la región había sido la más avanzada en el planeta, incluso por delante de China y de India. Pero ni el Imperio Bizantino ni el Califato Árabe, ni los Imperios Otomano o Persa, alcanzaron serios progresos más allá de lo que se había logrado desde mucho antes.

El futuro: ¿fin de ciclo o una nueva invención?

1. Frank, como puede verse, fracasó en el esfuerzo de ubicar y explicar en la historia universal aquellos cambios cualitativos que crean fases sucesivas diferenciando una de otra, tanto en los niveles locales como en el del sistema global. En su lugar pone la visión cíclica monótona de un comienzo eterno basado en una filosofía popular exagerada.

Los dos siglos pasados han sido los de la hegemonía euro-americana. Hoy, Asia está “ascendiendo”; así que: ¿por qué la región no regresaría mañana a ser lo que fue en el pasado, esto es, el centro del mundo? Hemos perdido la cuenta de los artículos periodísticos y libros que han planteado esta “predicción” sin un análisis cuidadoso de los verdaderos desafíos que encara la sociedad contemporánea. Como muchos, los medios de comunicación, que se han hecho de un lugar en este género de análisis, nunca han cuestionado el futuro de capitalismo –que para ellos es evidencia de

eternidad (“el fin de la historia”)–. Asia simplemente reemplazaría a Europa dentro del contexto de esta lógica eterna. La tesis de Frank no dice nada más.

Además, según Frank, como el sistema siempre ha sido global e idéntico, el ciclo pasado, que va de salida, no es diferente de los anteriores, quizás provenga de antes de 1800 o aún de 1500. Todos estos ciclos fueron por necesidad globales porque en eso reside, según Frank, la única cualidad auténtica del sistema. Ninguno de los argumentos esgrimidos por Frank y otros –que adoptaron fácilmente también la idea del “ciclo largo” (muchos de los cuales se encuentran entre los autores de la economía global y los temas que se relacionan con ella)– me han convencido de la evidencia de estos “ciclos”. Uno de sus argumentos, fuertes en apariencia, es la Plaga Negra, que golpeó Asia y Europa y que afectó la dinámica poblacional ligeramente en términos generales. Este incidente no guarda relación con nuestro tema. La propagación de la Plaga Negra únicamente prueba que la tierra es redonda, que los seres humanos somos animales, que todos somos propensos a las mismas enfermedades, que los eslabones entre las regiones del mundo garantizan la transmisión. Este no prueba, de ninguna manera, que los eslabones entre las regiones del mundo son de la misma naturaleza tanto en el pasado como en el presente.

En contraste con la visión eterna del comienzo eterno del mundo cíclico (aunque estuviera inscrita en un movimiento general de fuerzas productivas), el método que recomiendo tiene como fundamento la distinción entre ciclos eventuales (sin deslizar ningún prejuicio sobre su existencia) distinguiendo entre el sistema capitalista moderno (después de 1800), su fase inicial (de 1500 a 1800) y la era tributaria previa (antes de 1500). Ningún fenómeno social o incluso natural se desarrolla de forma regular, continua e indefinida. Lo mismo vale, en el marco de la ineludible expansión capitalista, para las fases de crecimiento rápido que son necesariamente seguidas de momentos difíciles de reajuste. Estas fases dan al lector que describe el fenómeno con series históricas la impresión de una evolución de onda larga. Sin embargo, reconocer la sucesión de fases no significa necesariamente admitir una teoría cíclica. Porque, si las palabras tienen significado, se puede hablar de un ciclo solamente si están definidos los mecanismos que reproducen monótonamente su movimiento. Es necesario que la articulación de las diversas dimensiones de la realidad (flujos económicos, innovaciones tecnológicas, conflictos sociales y políticos, etc.) funcione de forma idéntica de un ciclo a otro. La adherencia al principio de acuerdo con el cual el capitalismo debe ser analizado como sistema mundial de ninguna manera implica el principio de que la expansión capitalista debe estar sujeta a una ley de desarrollo cíclico.

El análisis de la dimensión económica, propiamente, encuentra en el capitalismo su justificación específica en el hecho de que el sistema es directamente controlado en su totalidad por las leyes de su desarrollo económico. Pero es importante definir exactamente la naturaleza de las leyes económicas, la duración (corta o larga) de su despliegue. Sólo así puede lograrse una mejor comprensión de la relatividad de la autonomía de la economía, esto exige reconocer los límites que impone la integración del despliegue de sus leyes, por un lado, con las reacciones que provocan en el entorno social en el cual operan, por otro.

Se puede construir sin gran dificultad un modelo económico autógeno de un ciclo monótono poniendo en juego los dos conocidos mecanismos del “multiplicador” y del “acelerador”. Se puede mejorar uniéndole un ciclo de respuestas del crédito y de variaciones relativas tanto de los salarios reales como de la tasa de ganancia. Y podría exponerse este modelo en el marco de una economía nacional, cerrada o abierta, o en el de una economía-mundo. Todos estos ejercicios económicos tienen como riguroso supuesto el marco abstracto del modo de producción capitalista, condición necesaria y suficiente de su validez. Es interesante observar que los resultados obtenidos por estos medios describen exactamente el marco real del ciclo corto (de siete años en promedio) que traza, de hecho, el siglo largo de 1815-1945. Después de la Segunda Guerra Mundial, un grado más pronunciado de control de la economía parece haber sido impuesto, a través de mecanismos como la intervención más activa del Estado, el control del crédito, la distribución del ingreso y el gasto público.

La reflexión sobre las tendencias más profundas del sistema económico capitalista es objeto de controversias. Las teorías referentes a los “ciclos largos” (los ciclos de Kondratieff) se sitúan en este plano.⁸ Aquí sostengo, con algunos otros, una tesis minoritaria, totalmente ignorada por la economía convencional, la escuela del sistema-mundo (que, igual que en mi caso, admite el ciclo largo) y por las corrientes marxistas dominantes. Esta tesis se fundamenta en la idea de que el modo de producción capitalista contiene una contradicción social inherente: la tendencia permanente del sistema a producir más de lo que puede ser consumido. Ya que, por la competencia, la presión sobre los salarios tiende a generar un volumen de ganancias, ahorro e inversión que es siempre relativamente demasiado grande en comparación con las inversiones

necesarias para responder a la demanda final. La amenaza del estancamiento relativo constituye, desde ese ángulo, la enfermedad crónica del capitalismo. No es la crisis la que debe ser explicada por razones específicas, sino, más bien, la peculiar expansión que es producto de circunstancias específicas en cada esta fase (Amin, 1996a; Foster, 1986). Esta contradicción es inherente al modo de producción capitalista en el sentido preciso del término, es decir, a partir del surgimiento de la industria moderna. No estoy proponiendo ciertamente proyectar esta ley específica hacia atrás en el tiempo, ni hacia épocas antiguas, ni aún hacia la transición del capitalismo mercantilista (1500-1800). No existe tendencia hacia la superproducción, en ninguna sociedad, antes del capitalismo moderno.

En el marco de esta teoría fundamental del modo de producción capitalista, la discusión sobre los ciclos aparentemente evidentes toma un giro absolutamente diferente al producido por la escuela del sistema-mundo. Cada una de las fases del crecimiento (sucesivamente 1790-1814, 1848-72, 1893-1914 y 1945-68), no únicamente tiene un carácter único, sino además es activada por mecanismos que no son cíclicos, en el sentido de que su naturaleza es diferente de una fase a la otra. Remito al lector a lo que previamente he escrito sobre este tema. La proyección hacia atrás del ciclo, antes de 1800 y aún antes de 1500, exige amalgamas desastrosas y una reducción vulgar de la conceptualización sobre las relaciones entre base económica y superestructura política e ideológica.

La sucesión de hegemonías se encuentra generalmente asociada con la lectura de ciclos largos de la historia universal (Amin, 1996a: 91-94). Lo menos que puede decirse es que la rivalidad de las formaciones políticas constituye una realidad permanente en la historia así como los conflictos sociales al interior de esas formaciones. La verdad de esta afirmación es tal que, en contraste con la expresión de Marx, según la cual la historia ha sido ante todo la historia de la lucha de clases, algunos han proclamado que la historia ha sido ante todo la lucha de naciones. ¿Es posible construir un puente entre estas dos afirmaciones al parecer mutuamente excluyentes?

Los historiadores siempre se han tropezado con las dificultades de esta tarea. Según algunos, la historia del capitalismo –de 1500 en adelante, quizás desde 1350– debería ser releída como una sucesión de hegemonías ejercidas por un poder particular sobre la economía-mundo capitalista. Generalmente, las tesis del sistema-mundo han inclinado la balanza en dirección de esta opción automáticamente demandada; esto significa la determinación de las partes, los Estados, sobre el todo, la economía-mundo. De ahí que prefiera –como Szentes (1985)– enfatizar la dialéctica de la

⁸ Ver mis comentarios sobre las ondas largas (Amin 1996a: 88-91). Ciertamente, no me molesta llamarlos “ciclos de Kondratieff”, o fase A de expansión y fase B de crisis y reajuste de la producción capitalista. Más allá de cuestiones semánticas, discuto la naturaleza de esos ciclos.

contradicción entre las fuerzas internas (nacionales) y las externas (el sistema mundial). Esta actitud conduce inmediatamente a responder de modo fuerte a la cuestión de las hegemonías. Primero que todo, por supuesto, debe decirse que la supuesta hegemonía en la economía-mundo capitalista no fue una hegemonía mundial. El mundo nunca se redujo, entre los siglos XVI y XIX, a Europa y su apéndice americano. Decir que Venecia o las Provincias Unidas fueron “hegemónicas” no significa nada en la escala real del tiempo. Pero incluso en la escala de la economía-mundo capitalista europea, no veo cómo pueda calificarse a Venecia o las Provincias Unidas de hegemónicas. Extraordinarios centros financieros y comerciales, indudablemente, pero, de hecho, constreñidos por sus acuerdos con el mundo feudal rural, que los doblegó en todas partes, y por los equilibrios políticos que eso implicó, en medio de los conflictos con las grandes monarquías. El Tratado de Westfalia, en 1648, no consagró la hegemonía holandesa, sino un equilibrio europeo que la anuló. Lo mismo podría decirse, incluso, de la hegemonía británica en el siglo XVIII. Gran Bretaña conquistó ventajosas posiciones marítimas en ese tiempo, en detrimento de su rival francés. Pero ni fue capaz de afirmar un poder distinto en los asuntos del continente europeo, ni fue realmente capaz de dominar las periferias potenciales de ultramar. Su hegemonía no sería adquirida sino hasta más tarde, después de que China y el Imperio Otomano “fueron abiertos” (en 1840) y después de que la Rebelión de los Cipayos en la India fue derrotada (1857). El avance industrial y el monopolio financiero de Gran Bretaña, reales en ese momento, no condujeron a una hegemonía efectiva. De hecho, erigir la producción industrial como clave de la actividad económica mundial requirió un equilibrio europeo, lo que revela que Gran Bretaña no ejercía una posición dominante. En realidad, la situación fue de tal grado de dificultad que apenas se había constituido la hegemonía de Gran Bretaña (entre 1850 y 1860) cuando fue desafiada por la emergencia de sus competidores, Alemania y Estados Unidos, pese a que Londres mantuvo una posición financiera privilegiada.

La hegemonía, lejos de constituir la regla en la historia de la expansión del mundo capitalista, es la excepción, de una corta y frágil duración. La ley del sistema es, entonces, la de la rivalidad durable. ¿Han cambiado las cosas desde entonces? ¿O se encuentran en el tránsito de cambiar realmente? En ciertos aspectos, la hegemonía de Estados Unidos después de 1945 tiene realmente un nuevo carácter. Por primera vez en la historia de la humanidad, los Estados Unidos poseen medios para intervenciones militares (sea por destrucción o genocidio) de alcance planetario. Limitado entre 1945 y 1990 por la bipolaridad militar compartida con la Unión Soviética, los Estados

Unidos quizás han llegado ahora a ser, sin que ningún otro lo hubiera logrado antes, a excepción de Hitler en su imaginación: el amo (militar) del mundo... ¿Pero por cuánto tiempo?

2. Regresando, de nuevo, al problema del ascenso del Asia contemporánea, podría decirse que está lejos de asumir la magnitud visualizada por la literatura popular. He puesto énfasis en lo que denomino los “cinco monopolios” que en el futuro previsible reforzarían los poderes de la Tríada en sus relaciones globales con las periferias modernas, incluyendo aquellas que se encuentran en proceso de rápido desarrollo (en Asia y en otras partes). Estos monopolios refuerzan la hegemonía mundial de la Tríada a través de: 1) la iniciativa tecnológica, 2) el control de flujos financieros, 3) el acceso a los recursos naturales del planeta, 4) las comunicaciones y los medios y 5) las armas de destrucción masiva.

Considerados en su totalidad, estos cinco monopolios definen el marco dentro del cual opera la ley del valor globalizada. La Ley del Valor es la expresión condensada de todas estas condiciones, no la expresión de una racionalidad económica objetiva y pura. El condicionamiento que generan todos estos procesos anula el impacto de la industrialización en las periferias, devalúa el más reciente trabajo productivo y sobrestima el supuesto valor agregado por las actividades de los nuevos monopolios desde los cuales los centros se benefician. El resultado es una nueva jerarquía, más desigual incluso que antes, en la distribución del ingreso a escala mundial, que subordina las industrias periféricas reduciéndolas al papel de subcontratantes. Éstos son los nuevos cimientos de la polarización, que permiten presagiar sus formas futuras.

La crisis que ha golpeado a Asia del Este y Sudoriental confirma lo importantes que se han vuelto estos monopolios. El capital transnacional dominante puede tener éxito, mediante su intervención durante la crisis, en la organización de los países de Asia Sudoriental. A pesar de las apariencias, ellos no tienen de ninguna manera superada la etapa de economías industriales periféricas (“*ersatz-capitalism*”). El panorama es totalmente diferente con respecto a Corea, la excepción entre los países contemporáneos de lo que fue el Tercer Mundo, ya que, es el único entre ellos que ha tenido éxito en la construcción del modelo central de una nueva economía capitalista. No es ninguna sorpresa que la prolongada crisis financiera pudiera ser una oportunidad para la diplomacia de Washington, y sus aliados japoneses y europeos, de intentar desmontar el potencial de Corea. Sin embargo, la crisis financiera frente a Corea es secundaria, en el sentido de que Francia y Gran Bretaña, por ejemplo, se han enfrentado con alrededor de diez de estas crisis en las décadas de posguerra sin incitar los

poderes de Washington a proponerse lo que están intentando imponer hoy en Corea. Es de menor importancia en el sentido de que el déficit exterior actual de Corea, medido en relación con el PIB (producto interno bruto) por ejemplo, y en términos de longitud de tiempo, es más pequeño que el de Estados Unidos. ¿Pero qué encuentra uno? Que el FMI simplemente atribuye la existencia de la crisis a los monopolios en Corea (¡como si las grandes compañías americanas, japonesas y europeas no fueran parte de ella!) y ¡propone que sean desmantelados y que sus pedazos más jugosos sean asignados a los monopolios americanos! Podría esperarse que el FMI, para resolver el problema americano, hiciera una recomendación similar a la liquidación de Boeing (que hasta donde sé es un monopolio), por ejemplo, a Airbus, su rival europeo (que igualmente es un monopolio). El Sr. Camdessus, a pesar de su nacionalidad francesa, podría ser recordado por haber aceptado la orden del presidente Clinton y ¡atreverse a hacer una oferta tan absurda! ¿Puede haber sorpresa, consiguientemente, cuando la prensa coreana no vacila en hablar de una nueva guerra coreana, con los dedos apuntando hacia Washington como agresor? Esta guerra, en mi opinión, está destinada a ser alargada. Habrá altas y bajas, sin duda, pero sin ninguna certeza de que Estados Unidos y sus aliados salgan victoriosos.

Detrás de Corea está China, cuya evolución ciertamente pesará más aún en el futuro del sistema-mundo. He sugerido varios escenarios posibles de esta evolución, que depende en gran parte de aquellos factores internos que Frank deliberadamente elige ignorar (Amin, 1996a: ch. 7.225 FF; Amin 1998: 133-44).

La larga guerra inminente ha comenzado ya por el terreno de la globalización financiera que ha sido rechazada por China, India y, probablemente, Corea, arrastrando con ellos a otros países de Asia del Sur y quizás también de otras partes de América Latina. Si se gana esta primera batalla, será posible ir más allá de la tentativa del G7, de limitar el daño instituyendo los mecanismos globales reguladores que permitirían al capital transnacional dominante seguir siendo el amo del juego. En adelante, otras batallas serán emprendidas en su turno, en lo que he descrito como la larga transición al socialismo mundial. El futuro sigue abierto y no permitirá que se le encierre en el molde esquemático del ciclo imaginado por Frank.

3. Los verdaderos intereses en la lucha por venir no se pueden reducir a las posiciones que la Tríada y otras (como las ENIs de Asia y de América latina) ocuparán en el sistema capitalista de mañana. La polarización inherente al capitalismo mundial, deliberadamente ignorada por la supuesta ideología liberal, produce estos asuntos ideológicos sin sentido. La integración en el sistema-mundo crea, de hecho, una contradicción insuperable en el marco de

la lógica de la expansión del capital. Hace ilusoria cada tentativa de las periferias, cuyos pueblos representan por lo menos tres cuartos de la humanidad, de “ponerse al día”, es decir, de asegurar a sus pueblos un nivel de vida comparable a los de la minoría privilegiada del centro.

La ideología liberal tendría sentido solamente si se atreviera a proclamar la abolición total de las fronteras, para abrirlas a las migraciones de trabajadores del mismo modo en que se abren para el comercio y el flujo de capital. Entonces, realmente, la ideología sería consistente, ya que, propondría alcanzar por medio del capitalismo la homogeneización de las condiciones sociales a escala mundial. Esta apertura no está en su agenda. Los defensores de la ideología liberal dirán que abrir las fronteras al comercio y el flujo del capital es lo segundo mejor. Bajo estas condiciones limitadas se encuentra la causa de una polarización inaceptable. ¡También podría decirse que la muerte es lo segundo mejor después de vida! La ideología liberal es, así, puro engaño, porque lo verdadero segundo mejor debe definirse con base en el criterio de la capacidad para reducir la polarización. Desde este punto de vista, por lógica, si los flujos migratorios deben ser controlados, la apertura para el comercio y el flujo de capital también debería serlo. Por eso, la “desvinculación” se define como condición esencial para una reducción gradual de la polarización.

La tesis de que ninguna sociedad puede escapar al desafío permanente de la expansión mundial del capitalismo (y, por lo tanto, que el “desarrollo” no es nada más que desarrollo dentro de este sistema), implica que no existe posibilidad de ningún desarrollo autónomo fuera de él, es mero reconocimiento de un hecho real pero renuncia inmediatamente a la posibilidad de cambiar el mundo. Es necesario distinguir desarrollo y expansión capitalista, no confundir los dos conceptos, pero en su uso cotidiano la confusión es frecuente. La expansión capitalista, por naturaleza, es polarizante. El desarrollo debe ser, por definición, de naturaleza diferente para superar esta polarización. El concepto de desarrollo es esencialmente un concepto crítico.

La ideología del desarrollo, que dominó la escena después de la Segunda Guerra Mundial, no hizo esta distinción claramente. Para algunos, como la burguesía nacionalista del Tercer Mundo, el objetivo del desarrollo era ponerse al día mediante políticas estatales apropiadas dentro de los marcos del sistema-mundo. Para otros, como los supuestos Estados socialistas, este mismo objetivo (ponerse al día), que implicaba ciertas similitudes obvias con el objetivo de la burguesía nacionalista tercermundista, se encontraba entremezclado contradictoriamente con trozos del objetivo de edificación de “otra sociedad”. A esto hay que agregar, como los ecologistas han redescubierto, que el crecimiento exponencial incontrolable producido por la lógica del modo

de producción capitalista es suicida. El capitalismo, como modo de producción y sistema-mundo es, así, al mismo tiempo, globalmente suicida y criminal con respecto a los pueblos.

El mundo ha sido arrojado a una nueva fase de la historia en la cual el método de Frank no permite incluso que uno desconfíe. La fase larga de transición desde el capitalismo mundial al socialismo mundial, similar a la larga transición de 1500 a 1800, es caracterizada por la acción a la vez de fuerzas complementarias y contradictorias, de suerte que, mientras algunas continúan actuando en la lógica de la reproducción de las relaciones sociales propias del capitalismo, otras aceptan una lógica social diferente que aun tiene que ser inventada (Amin, 1996b: 244-58; Amin, 1996a: 309 FF).

Consideraciones finales en torno al eurocentrismo

1. Eurocentrismo es una forma de lo que generalmente cabe denominar culturalismo. Para éste, existen constantes transhistóricas propias de las “culturas” de diversos pueblos. Desde la perspectiva del eurocentrismo esta afirmación tiene distintas versiones: a la Grecia Antigua se le atribuye “el genio europeo” (de suerte que, la civilización europea habría traído con ella, según los griegos, un sentido prometeico y/o el concepto de democracia), asimismo, a la tradición Judeo-Cristiana se le adjudica “el genio de la cristiandad”, o en general a los europeos se les atribuye los genes de una “raza.” En todos los casos, pueden encontrarse mitologías elaboradas en tiempos modernos para legitimar la dominación europea del sistema mundial capitalista. Pero la Grecia Antigua no tenía nada que hacer con la Europa de aquel tiempo –puesto que ella constituía una periferia en el sistema de aquella era–. Más bien, Grecia en interacción recíproca con Egipto, Mesopotamia e Irán fue uno de los elementos constitutivos del centro de Medio Oriente. El Helenismo, el Cristianismo y el Islam fueron las formas sucesivas de esta construcción tributaria. En cuanto al Cristianismo hay que decir que primero fue una filosofía que reflejaba la enajenación auténtica del sistema tributario, antes de ser obligado por la transformación capitalista externa a ajustarse a las nuevas demandas de la sociedad moderna. Cabe agregar que el acoplamiento Judaísmo-Islam es ciertamente más fuerte que el que ha caracterizado continuamente a la tradición Judeo-Cristiana. El Eurocentrismo es una ideología que permite a sus defensores concluir que la “modernidad” (y/o el capitalismo) sólo podía haber nacido en Europa y que, posteriormente, fue ofrecida a otros pueblos (para así cumplir su “misión civilizatoria”).

Lo preponderante en nuestro tiempo es el culturalismo. De hecho, existen otras declaraciones de naturaleza similar,

que han surgido como reacciones al eurocentrismo. Los Islamitas, Hinduistas, adherentes a la Africanidad o la especificidad del Asiatismo, los indigenistas de todas las clases se encuentran por todas partes y asumen, igualmente, que viven en sus “culturas” constantes transhistóricas que son superiores a aquellas del glorificado Occidente eurocéntrico. “Sí –dicen– somos fundamentalmente diferentes uno del otro”. Esta es la razón por la que clasifico a estos culturalismos como eurocentrismos a la inversa. Además, todos y cada uno aceptan someterse al capitalismo. La manipulación culturalista no es, en consecuencia, difícil de activar si la necesidad lo requiere.

2. Categóricamente he rechazado el argumento culturalista. Las culturas, incluyendo las religiones, pueden transformarse a sí mismas, pueden ajustarse o resistir las demandas de los tiempos, después perecen y desaparecen de la escena. He buscado siempre desarrollar los sistemas conceptuales para hacer posible entender que la historia es universal, que no está constituida por segmentos yuxtapuestos que sean irreductibles uno a otro. La especificidad concreta –que continúa existiendo (puesto que cada sociedad y cada época en la historia tienen sus especificidades)– explica la universalidad de “leyes” (si se les quiere denominar de ese modo) que regulan la vida social. Desde ese horizonte cuestioné el supuesto modo asiático de producción en 1957. Es este interés por el universalismo el que me condujo a proponer la familia de modos comunales de producción, así como el de la familia tributaria, como elementos constitutivos comunes a todas las sociedades precapitalistas y, desde ahí, la infinita variedad de ambas formas.

Porque las mismas contradicciones son características de todas las sociedades tributarias, la última de ellas no podría haberlas superado más que inventando el capitalismo; y esa invención estuvo en la agenda obligatoria del mundo tributario entero, no solamente en Europa. Pero Europa había sido más rápida que otras sociedades y durante mucho tiempo había sido más avanzada. ¿Por qué? Es en respuesta a esta interrogante que introduce (el desarrollo de) los conceptos modo tributario central y modo tributario periférico. El feudalismo es, desde esta perspectiva, un modo periférico, derivado de los vástagos de los sistemas comunales de los bárbaros del sistema tributario romano. Este carácter periférico manifestó el fraccionamiento del sistema de poder que caracterizó al feudalismo, opuesto a la marcada centralización del modo central. Por otra parte, el “atraso” europeo en la formación tributaria explica la especificidad de la monarquía absoluta que fue constituida solamente en la época moderna, en concomitancia con el mercantilismo. En otras palabras, siendo periférico, el modelo tributario europeo (el feudalismo) demostró ser más flexible, lo que le permitió favorecer su evolución

histórica. Esta lectura comparativa de la historia no tiene nada que ver con la Grecia Antigua o con la Cristiandad (que es la única reservada para el Protestantismo en Weber), sino que tiene como fundamento conceptos exclusivamente universales. De este modo, se explica lo particular a través de lo general. Se trata de una perspectiva fundamentalmente no-culturalista, no-eurocéntrica.

3. El capitalismo no tiene el nivel tecnológico más avanzado, ni es un modo de producción estrictamente definido. Es, como cualquier otra sociedad, una totalidad en la cual las facetas son múltiples. El capitalismo ha producido una cultura, su cultura, tal como el sistema tributario produjo la suya propia. Utilizo el singular aquí –el sistema tributario, la cultura tributaria– para hacer énfasis en que, más allá de la variedad de sus formas de expresión, estas culturas comparten características idénticas básicas, que cabe describir como enajenación tributaria. De la misma manera, la cultura del capitalismo es definida por su propia forma de enajenación: la enajenación mercantil. El “Monoteísmo” ha sido reemplazado por el “Dineroteísmo”. El “mercado” gobierna como el Dios antiguo. Estoy hablando, por lo tanto, de la cultura capitalista, negándome a ser llevado hacia la definición vulgar de “cultura Occidental” que lo impregna todo, produciendo la afirmación eurocéntrica (en el lado de los ganadores del sistema) y el eurocentrismo invertido (en el lado de los perdedores).

Si éste es el caso, sí hay un problema, porque la expansión capitalista ha sido siempre y seguirá siendo polarizante. Consecuentemente, la cultura universal que propone es igualmente parcial. Esto no es conflicto de culturas. Detrás de su apariencia incidental se asoma el verdadero conflicto, el de las sociedades. Desde esta perspectiva, la modernidad no puede ser rechazada desde la esperanza ilusoria del retorno al pasado. Por el contrario, es necesario proseguir el desarrollo, poner fin a su carácter parcial. Pero, para lograrlo, es indispensable ir más allá del capitalismo. Es decir, luchar seriamente contra el eurocentrismo, que sigue acompañando el carácter polarizador de la expansión capitalista. Debe reconocerse que la transformación de la historia es posible, que la invención de lo nuevo es necesaria, algo que Frank no quiere imaginar. Fracasar ante este reto hará que las sociedades modernas continúen enredándose en oscuras batallas que no conducen a ninguna parte más que hacia la autodestrucción de la humanidad.

Referencias bibliográficas

- ◆ Abu-Lughod, Janet (1989). *Before European Hegemony: The World System AD 1250-1350*. New York: Oxford Univ. Press.
- ◆ Amin, Samir (1980). *Class and Nation, Historically and in The Current Crisis*. New York: Monthly Review Press.
- ◆ ----- (1989). *Eurocentrism*. New York: Monthly Review Press.
- ◆ ----- (1990). “Colonialism and the Rise of Capitalisms: A Comment”, *Science and Society*, LXIV, 1, Spr., 67-72.
- ◆ ----- (1991). “The Ancient World Systems versus the Modern Capitalist World System”, *Review*, XIV, 3, Sum, 349-85.
- ◆ ----- (1992). “Capitalisme et système-monde”, *Sociologie et Sociétés*, XXIV, 2, Fall, 181-202.
- ◆ ----- (1996a). *Les défis de la mondialisation*. Paris: L’Harmattan.
- ◆ ----- (1996b). “The Challenge of Globalization”, *RIPE*, III, 2, Sum, 216-59.
- ◆ ----- (1997). *Capitalism in the Age of globalization: The Management of Contemporary Society*. London: Zed Books.
- ◆ ----- (1998). *The Future of Maoism*, augmented ed. Delhi: Rainbow.
- ◆ ----- & Frank, Andre Gunder (1978). *L’accumulation dépendante*. Paris: Amthropos.
- ◆ Blaut, James M. (1989). “Colonialism and the Rise of Capitalism”, *Science and Society*, LIII, 3, Fall, 260-96.
- ◆ ----- (1991). *Fourteen Ninety-Two*, unpublished.
- ◆ Chaudhuri, K.N. (1985). *Trade and Civilization in the Indian Ocean: An Economic History from the Rise of Islam to 1750*. New York: Cambridge Univ. Press.
- ◆ Chesneaux, Jean & Bastid, Marianne (1969). *La Chine, I: Des guerres de l’opium à la guerre franco-chinoise, 1840-1885*. Paris: Hatier.
- ◆ Coedes, George (1948). *Les états hisdouisés d’Indochine et d’Indonésie*. Paris: de Boccard.
- ◆ Etiemble (c.1988). *L’Europe chinoise*. Paris: Gallimard.
- ◆ Fitzpatrick, John W. (1991). *Wars, States and Markets in North East Asia, 800-1400 AD*. Vancouver: ISA.
- ◆ Foster, John Bellamy (1986). *The Theory of Monopoly Capitalism*. New York: Monthly Review Press.
- ◆ Frank, Andre Gunder (1998). *ReORIENT: Global Economy in the Asian Age*. Berkeley: Univ. of California Press.
- ◆ Frank, Andre Gunder & Gills, Barry K., eds. (1993). *The World System: Five Hundred Years or Five Thousand?* London: Routledge.
- ◆ McNeill, William H. (1963). *The Rise of the West: A History of the Human Community*. Chicago: Univ. of Chicago Press.
- ◆ Mann, Michael (1986). *The Sources of Social Power, I: to 1760*. New York: Cambridge Univ. Press.
- ◆ Szentes, Tamas (1985). *Theories of World Capitalist Economy*. Budapest: Akadémiaikiadó.
- ◆ Wallerstein, Immanuel (1997). “Merchant, Dutch, or Historical Capitalism?”, *Review*, XX, 2, Spr., 243-54.